

LA FECHA EN LA MADERA

Un domingo de noviembre llegué hasta el Parque Forestal. Me senté un rato en un banco. Llegué hasta allí para desprenderme un tanto de las largas paredes grises que me ahogan en donde vivo. Aquel gris de mi cuarto lo siento en mis huesos. Paseé largo rato mi mirada por la copa frondosa de los árboles de un verde generoso. Mientras mi mano buscaba apoyo en el respaldo del viejo escaño, pasó una joven pareja. Por un instante se detuvo el tiempo y me pareció que yo era aquella que pasaba alegremente.

Mi mano recorría la madera del escaño y se detuvo sobre algo esculpido. Leí: "siempre te querré, Laura". Había una fecha borrada.

¿Cuándo y por qué "El" había escrito eso? ¿Qué había pensado "El" en aquel momento? Lo escribió para mí hace ya tanto tiempo. Todo se disolvió en la nada, contra aquello inevitable con que se choca y que de repente nos hace entender la dureza que encierra el "nunca jamás". El no fue mi destino. No fue mi meta. El se fue por un camino borrado que no llegó a parte alguna. Sobre aquel banco grabó con mano firme "siempre te querré, Laura". Y yo le creí con la firmeza ingenua y desafiante de los quince años, de los quince años que nada saben de la vida y que creen saberlo todo.

Creí en la eternidad de aquel amor. Sin embargo, el tiempo borró hasta la fecha grabada en la madera.

¡Oh herida incurable! ¡Oh dolor crónico de lo que no perdura! Lo que creí inmutable se deshizo sobre el tamiz del tiempo. Pero quedó un residuo que el olvido no pudo beber y que hoy, en esta tarde de noviembre he recordado viendo pasar a una pareja de estudiantes cuando, al azar, mi mano rozó la cicatriz de la madera: "siempre te querré, Laura".